Año II. JUEVES 7 DE SEPTIEMBRE DE 1893 Núm. 45.

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS

DE BARCELONA

REVISTA DE LA QUINCENA

Leemos en el *Moniteur de Rome* del 2 de Septiembre: «El Santo Padre se ha dignado aprobar, á solicitud del Sr. Obispo de Madrid, la traslación al mes de Octubre de la peregrinación nacional española. El corresponsal que nos autorizó, hace ya algunos días, para anunciar la prorrogación de la romeria española, nos participa que reina gran actividad entre los católicos de Madrid y de Barcelona, proponiéndose los españoles dar á su peregrinación las proporciones de una manifestación grandiosa de la fe de España y de su adhesión inquebrantable á León XIII.» Mucho nos tememos que la manifestación á que hace referencia el corresponsal del *Moniteur*, no resulte tan grandiosa é imponente como dejan esperar los sentimientos de adhesión filial de los españoles á la Santa Sede. Y se funda ese nuestro temor en el hecho, tan cierto como poco reconocido, de la falta de organización de los elementos católicos de acción, hoy bastante disgregrados y desorientados, á causa de la evolución político-católica realizada en estos últimos años. Porque es innegable, que antes de la disidencia surgida entre integristas y leales, casi todos los católicos de acción se hallaban en España afiliados á una agrupación política, y entonces los jefes de esa agrupación, promoviendo las manifestaciones católicas, arrastraban á las masas encariñadas á la vez con el ideal político de sus corifeos, resultando de aquí que si bien tales manifestaciones eran político-católicas, lograban empero cierta importancia exterior por el número de concurrentes. Pero la división surgida entre los católicos de España, ha matado el entusiasmo que antes inspiraban esas manifestaciones; debiéndose añadir que las doctrinas pontificias referentes á la acción política de los católicos, han acabado de matar aquel ardor antiguo que impulsaba á nuestros conciudadanos á hacer alarde de su fe católica y de sus convicciones políticas en las romerías emprendidas bajo los auspicios de los jefes de partido. Y como nada se ha hecho para organizar á los católicos, desde que el movimiento catolico-político ha perdido toda su importancia, será hoy difícil reunir numero-

sas agrupaciones de romeros, para dar en Roma testimonio elocuente de la fe de los españoles y de su devoción á la Cátedra de S. Pedro.

***

Cuando la excisión producida por el Sr. Silvela en el partido Conservador, motivó la entrega del poder al partido fusionista, dijimos que los destinos de la Monarquía quedaban vinculados á la lealtad y fortuna del Sr. Sagasta, ya que el partido Conservador se vería por mucho tiempo incapacitado para regir los destinos de la Nación. Expusimos entonces la idea de que si el Sr. Sagasta no lograba crear una situación firme y duradera, se impondría como solución única una dictadura militar, un gobierno de fuerza, que devolviendo la confianza al país, evitara el derrumbamiento de las instituciones. Preveíamos entonces esa contingencia política; pero á la verdad, la columbrábamos allá en lontananza, mayormente habiendo el Sr. Sagasta formado un *Ministerio de altura*, en el cual entraron los personajes más conspícuos del fusionismo. Pero de tal manera se han precipitado los acontecimientos, y tan desgraciadamente han gobernado los *notables* del partido dominante, que todos esperan una crisis política que acabe con la anarquía en que vivimos, que ponga punto final á esa serie de asonadas, motines y revoluciones que nos desacreditan á los ojos de las naciones cultas. ¿Qué alcance tendrá esa crisis? Nadie puede asegurarlo; pero dado que el Sr. Sagasta llamó al Ministerio á todos los personajes de más valía que en su partido militaban, no puede hoy buscar entre los suyos elementos que ofrezcan garantía de mejor acierto; y por esto creemos llegado el momento de que al parlamentarismo corruptor que nos degrada, sustituya un gobierno de fuerza que encauce las corrientes políticas, y afiance la paz, y asegure el orden, y proteja las instituciones vigentes y robustezca el principio de autoridad, que harto tiempo ha ído rodando por los suelos. Quizas las habilidades proverbiales del Sr. Sagasta le sugieran una combinación que le permita continuar rigiendo los destinos de la Nación; pero de todos modos, cualquiera solución aprestada por el partido dominante, debe ser necesariamente transitoria, y no ha de tardar la solución de fuerza á que nos hemos referido, sea que para ella se cuente con el partido Conservador, sea que se fíe el porvenir nacional á la lealtad y patriotismo del elemento militar.

***

Las elecciones generales verificadas en Francia el día 20 de agosto, han dado margen á una escandalosa rebeldía del partido monárquico, descaradamente hostil á las instrucciones pontificias. Sabido es que León XIII, deseoso de separar en Francia la causa monárquica y evitar así perjuicios que á la Iglesia se seguían de

confundir la cosa religiosa con la cosa política, hizo un llamamiento á todos los franceses honrados, para que aceptando lealmente la forma republicana de Gobierno que la Nación se había dado, constituyeran una República que respetara los derechos de todos los ciudadanos, y diera fin al jacobinismo anticatólico, que durante 15 años ha imperado en Francia. El llamamienlo fué general, pues León XIII se dirigió á todos los franceses honrados, amantes de la justicia y del derecho de todos los ciudadanos, y á todos exhortaba en nombre de la grandeza y del honor de la Francia, á que pusieran fin á la política sectaria que tantos males ocasionaba á la Iglesia. Posteriores aclaraciones pontificias fijaron el deber en que se hallaban los católicos de adherirse con franqueza y sin segundas miras á la República, acatando los Poderes constituídos, aunque debiendo combatir las leyes perversas de aquellos Poderes emanadas; y como estas enseñanzas eran perjudiciales á los intereses del partido monárquico, muy luego la prensa de este partido levantó cátedra contra la cátedra pontificia, llegando en el paroxismo de su furor oposicionista á insultar groseramente al Vicario de Jesucristo.

Esta actitud de los realistas franceses movió á León XIII á escribir una carta al Cardenal Lecoq, Arzobispo de Burdeos, destinada á la publicidad, en la que se lamentaba de la oposición que ciertos políticos hacían á sus enseñanzas, pretendiendo mirar por la causa de la Iglesia más que su Jefe Supremo, y en ella les calificaba S. S. de personas indignas y de malos católicos. Para encontrar un documento tan severo contra entidades católicas, sería preciso retroceder muy allá en los anales eclesiásticos. Pero la enérgica intervención de León XIII no arredró en lo más mínimo á los monárquicos franceses. Fueron á la lucha electoral con su bandera desplegada, y en todas partes combatieron á los católicos que seguian la bandera pontificia. Así lograron hacer fracasar la candidatura del Conde de Mun y la del insigne Mr. Piou. Pero como muchísimos electores católicos votaron de acuerdo con las instrucciones de Roma, y esto hizo fracasar á no pocas candidaturas monárquicas, se ha levantado una cruzada satánica—pase la frase—contra León XIII y su ingerencia política, que no tiene precedentes en la historia de las humanas aberraciones. Se ha escrito que León XIII combatía á las monarquías para estender su dominación sobre las naciones desorganizadas, que hacía causa común con los socialistas y anarquistas, que combatía á los defensores de la Iglesia y apoyaba á los tránsfugas y traidores, que merecia que resucitara Nogaret y le tratara como á otro Bonifacio VIII, etc., etc., etc. Y no solo se ha escrito eso en Francia, sino que los corresponsales franceses de algunos Diarios católicos monárquicos de España han enviado correspondencias, que los aludidos Diarios han publicado, llenas de quejas y de insultos contra la Santidad de León XIII, dejando discurrir cual sería la actitud

de esos Diarios católicos el día que el Papa prescribiera terminantemente á los españoles el deber de reconocer los Poderes constituídos.

Ponen, además, grande empeño los Diarios franceses de la Derecha parlamentaria en dar á entender *urbi et orbi*, que las elecciones del 20 de Agosto han sido un fracaso completo para la política pontificia. Y nada más lejos de la verdad histórica: la política de León XIII ha salido vencedora en las pasadas elecciones, porque se limitaba á procurar un gobierno republicano de ideas moderadas, y el sufragio universal ha elegido una mayoría francamente republicana y animada de ideas de conciliación y de respeto á todos los intereses legítimos. ¿Dónde está aquí el fracaso? Se dice que han sido pocos los diputados católico-republicanos elegidos el 20 de Agosto, y que esto supone que la Francia se ha negado á seguir la dirección pontificia. Pero la imparcialidad obliga á reconocer que los católicos francamente adheridos á la política pontificia no forman en la vecina República un partido organizado, una agrupación aparte; sino que se hallan en todas las agrupaciones políticas, siendo republicanos antiguos los unos, republicanos nuevos los otros, permaneciendo algunos atenidos á sus convicciones monárquicas, y continuando retraidos la inmensa mayoría de ellos, por no hallar partido alguno militante que satisfaga sus aspiraciones. Sólo algunos católicos de acción, con el nombre de *adheridos*, han presentado su candidatura, sin otro programa que el de adhesión á la Iglesia y á la República; y aunque estos *adheridos* han obrado por su cuenta y riesgo, sin el apoyo de partido alguno, han salido casi todos ellos victoriosos, y si han sido derrotados el Conde de Mun y Mr. Piou, hase debido á la enemiga é intrigas del partido monárquico.

Es pues falso que el partido pontificio haya sido derrotado en las elecciones generales del 20 de Agosto, y no ha sido derrotado, porque no ha combatido, porque, no estando aún organizado, ha optado por el retraimiento. Seguramente que de los 3.253,936 electores que se abstuvieron de votar, la mayor parte son partidarios de la política de paz y de aproximación recomendada por León XIII; pero como nadie ha solicitado su voto, han permanecido tranquilos en sus casas. Los monárquicos, desplegando todas sus fuerzas, y disfrutando de una organización completa, y contando con una prensa numerosa y bien servida y con capitales inmensos, sacaron triunfantes sólo 55 candidatos; mientras que los *adheridos*, sin más recursos que los personales de cada candidato, fueron elegidos 14 de ellos, siendo mayor el número de los empates. Y sucederá lo que ha de suceder necesariamente; que los 25 ó 30 diputados *adheridos*, formarán el núcleo de un partido poderoso, en el cual ingresarán no pocos monárquicos sinceramente católicos, muchos antiguos republicanos que han permanecido fieles á sus creencias, y esa masa de ciudadanos que ha permanecido en el retraimiento

por no sentir simpatía hacia ninguno de los partidos actuales militantes. Cuando este partido se halle organizado, con sus jefes reconocidos, con sus comités departamentales y locales, con sus órganos en la prensa, entonces podrá decirse si la política pontificia tiene ó no partidarios en Francia, y si puede ó no aspirar á regir los destinos de la Nación.

*
* *

El sangriento incidente ocurrido en Aigues-Mortes ha puesto en peligro la paz europea, gracias á la desatentada política del Gobierno italiano. El hecho en un principio careció de verdadero interés político: fué una colisión sangrienta entre operarios franceses é italianos, en la que éstos llevaron la peor parte, pues abusando los franceses de su superioridad y de las ventajas de hallarse en su propia casa, se cebaron sanguinariamente en los desvalidos estranjeros, faltando á todas las leyes de la hospitalidad y del derecho de gentes. La posición del Gobierno italiano, para entablar una acción diplomática, era ventajosísima, y si á ello se hubiera limitado, la República francesa hubiera tenido que dar á la nación italiana las más amplias satisfacciones. Pero el Gobierno de Giolitti, creyéndose omnipotente con el apoyo de la triple alianza, al mismo tiempo que pedía explicaciones á la República francesa por los sucesos de Aigues-Mortes, promovía en Roma una manifestación pública contra las Embajadas de Francia, excitando los ánimos contra la Nación francesa y permitiendo que en Roma, en Palermo, en Nápoles y en otras ciudades fuera insultado el pabellón francés. Hoy está fuera de duda que las primeras manifestaciones del pueblo italiano contra la nación francesa, fueron provocadas por los agentes del Gobierno Giolitti, siendo desde entonces indispensable que el Gobierno francés, lejos de dar á Italia las satisfacciones que se le habían pedido, tuviera que hacer enérgicas reclamaciones al Gobierno de Humberto, por sus atentados contra el honor de la bandera francesa. Afortunadamente, en Berlín y en Viena no se quiso la guerra, y se mandaron instrucciones terminantes al Gobierno italiano para que cesaran las manifestaciones hostiles á Francia, y se procurara un arreglo amistoso entre ambas naciones. Al punto cambió de conducta el Gobierno Giolitti; se reprimieron las manifestaciones callejeras y mientras Francia se limitó á admitir la dimisión del alcalde de Aigues-Mortes, Italia tuvo que deponer á los altos funcionarios encargados del mantenimiento del orden en Roma, para dejar satisfecha á la susceptibilidad francesa.

La impremeditación del Gabinete Giolitti ha procurado á la Francia un triunfo diplomático, que aquél hubiera podido utilizar, desplegando más tacto y una regular prudencia. De todas maneras, se ha puesto de manifiesto el empeño que tiene la Italia en provocar la guerra contra Francia, quizás movida más

por la imposibilidad en que se halla de continuar la paz armada, que por verdadera enemistad á la nación francesa. Verdad es que Bismarck, al comprometer á la Italia en la política de la triple alianza, le aseguró, como recompensa de sus sacrificios, la hegemonía de la raza latina, y la consiguiente preponderancia en el Occidente de Europa, y que la Francia, lejos de ceder á nadie el primer puesto entre los pueblos de origen latino, aumenta de día en día su poder y su prestigio, lo cual defrauda totalmente las esperanzas y las ilusiones melagomanas del pueblo italiano, quien sólo por medio de una guerra afortunada puede llegar á la realización de sus locos empeños. Pero, el cambio brusco de conducta, operado al recibir las instrucciones de Berlín y de Viena sobre los sucesos de Aigues-Mortes, demostró dos cosas: 1.ª que la Italia, más que en sus propios recursos, confía en el poder de sus aliados; y 2.ª que la Italia no es un factor activo en la triple alianza, sino un instrumento puesto á disposición de la Alemania y del Austria, quienes no se lanzarán á las contingencias de la guerra cuando á Italia convenga, sino cuando sus propios intereses así lo reclamen.

De todas maneras, el proceder del pueblo y del Gobierno italiano en el asunto Aigues-Mortes, ha sido bien apreciado por la Nación francesa, y preciso es convenir en que ha de contribuir no poco á mantener tirantes las relaciones entre ambos pueblos. Para mayor abundamiento, la presencia del Príncipe de Nápoles, heredero del trono de Humberto I, en las maniobras militares del ejército alemán en Metz, es considerada como una manifestación política contra la vecina República, la cual había visto ya con desagrado la presencia del Principe Enrique de Prusia en las evoluciones navales de la Escuadra italiana. Todo lo cual demuestra evidentemente que la Nación que más desea el abatimiento de la Francia, no es precisamente Alemania, sino Italia, Italia que sólo en odio á Francia entró y permanece en la triple alianza, creyendo que Francia ha de restituir la libertad y la independencia á la Santa Sede. De aquí que el odio de la Italia oficial á la Nación francesa crezca á medida que se hacen más cordiales las relaciones entre Francia y el Vaticano. De aquí también que, durante los primeras manifestaciones hechas en Roma contra los sucesos de Aigues-Mortes, los gritos de *Muera Francia!* alternaran con los de *Muera el Papa! Abajo el Vaticano!* Los diarios oficiales y oficiosos de Italia están empeñados, desde meses atrás, en una campaña que tiene por objeto presentar al Vaticano y á la República francesa en íntima concordia y en perfecta inteligencia contra los intereses de la triple alianza y contra la unidad italiana. De donde resulta que el Papa se verá atropellado en su mismo Palacio el día que estalle la inevitable guerra entre Francia á Italia. ¿Qué hacen los católicos para evitar ese crimen sacrílego?

UN ACADÉMICO

CARTA DE SU SANTIDAD

A nuestro querido hijo Gaspar Decurtins.

Querido hijo: salud y bendición apostólica. Nada hemos deseado tanto como tener ocasión de afirmar el celo y la solicitud que Nos animan para esa clase obrera, cuya miserable condición Nós deseamos dulcificar para hacerla digna de los pueblos civilizados bajo la acción directiva de la justicia y caridad que la Religión cristiana ha traído al mundo, y que ella propagará más y más en el mundo entero.

El espíritu de Nuestro ministerio pide, en efecto, que Nós estemos siempre dispuestos á llevar Nuestro concurso allí donde los afligidos esperan un consuelo; los débiles protección; los desgraciados alivio en sus males.

Animado por el sentimiento de esta noble función, y acordándonos de las enseñanzas del Divino Salvador del género humano, Nós hemos llevado palabras de amor y de paz al mundo católico con Nuestras Cartas Encíclicas que comienzan con estas palabras: *Rerum Novarum*. Allí, tratando ámpliamente de la condición de los obreros, Nos hemos tratado de calmar el triste conflicto que sufre tan gravemente la sociedad contemporánea, por las ambiciones populares que la cubren como una negra nube, y por el temor del naufragio á que da lugar la inminencia de la tempestad que ruge. Nós no hemos omitido tampoco, según convenía, la defensa de la causa del pueblo cerca de las autoridades civiles, para que tan grande y útil multitud de hombres no quede sin protección y sin defensa á merced de esta clase de especuladores que explotarían en beneficio suyo la miseria.

No ha sido menor el placer que Nós hemos experimentado con las noticias que Nos habeis dado, querido hijo, sobre el Congreso que se ha celebrado recientemente en Bienne (Suiza), en el cual los delegados de millares de obreros, aunque venidos de países extranjeros y profesando diversidad de costumbres y de Religión, han adoptado con gran contento y plena aceptación las dichas Cartas Encíclicas, reconociendo ellos mismos que contienen las enseñanzas más propias para servir á sus intereses legítimos y para echar las bases sólidas deseadas por todos, de un nuevo orden de cosas equitativo, de donde habrá de resultar para la sociedad una paz duradera por la solución del antiguo conflicto entre los patronos y los obreros.

Cuán eficaz es, en efecto, la acción saludable de la Iglesia Católica á este fin, resalta á la vez de la constante y manifiesta experiencia y del testimonio de aquellos mismos que se dicen extraños á ella.

Por su naturaleza, en efecto, y por su institución, la Iglesia es la

madre que educa á los pueblos y tiene constantemente á su disposición poderosos instrumentos y medios cuyo empleo hace la vida de los hombres legítimamente reunidos en sociedad, no sólo más leal, sino también más honrada y más santa. En su virtud, Ella no puede dispensarse de contribuir tiernamente y con liberalidad á consolar las penas y aliviar las miserias. Basta recordar aquí con el testimonio de la Historia y con la tradición de los ancianos lo que la Iglesia ha hecho por abolir el azote de la antigua esclavitud.

Tan pronto como Ella pudo por sí sola y por sus propias fuerzas, extirpó esa vergüenza del género humano, tan profundamente inveterada en las costumbres; y fácil es concluir lo que es capaz de hacer para sacar á la clase obrera de la situación penosa en que la ha dejado la condición de la sociedad de nuestra época. Fácil es también por aquí comprender que para la realización de esta obra, de compasión y verdadera humanidad, nada mejor ni más eficaz que esforzarse por inculcar profundamente en los espíritus los preceptos de ley cristiana, y hacer de la doctrina del Evangelio la regla dominante de las costumbres de los hombres.

También creemos no menos digno de elogio que oportuno y eficaz el proyecto que habeis formado de hacer penetrar, por medio del Congreso de esta clase, en el espíritu del pueblo, y sobre todo de la clase obrera, las enseñanzas que Nós hemos desarrollado en Nuestras Cartas citadas, sacando de ellas las sanas doctrinas de la Iglesia, á fin de que, comprendiéndolas bien, se persuadan de que es preciso buscar los medios que ellos legítimamente desean, no en la perturbación inconsiderada del orden social, sino en la acción saludable y en el santo imperio de esa sabiduría que Nuestro Señor Jesucristo trajo del cielo á la tierra para que sirviera de regla de conducta á los hombres.

Nós hemos tenido noticia igualmente con satisfacción, de que el Congreso de Viena ha anunciado que está poniendo los medios para reunir muy pronto un nuevo Congreso de obreros, más importante aún; su fin es atraer la atención de las autoridades civiles acerca de la necesidad de hacer en todas partes leyes iguales, protectoras de la debilidad de los niños y de las mujeres contra los excesos del trabajo, y de aplicar los consejos que Nós hemos dado en nuestra Encíclica. En efecto; si las autoridades públicas tienen un interés grave é incontestable en ocuparse con defender los derechos de los obreros, ese interés es mayor y más serio cuando se trata de venir en auxilio de la debilidad de los niños y de las mujeres.

Estos son el comienzo y la esperanza de la generación siguiente, y con ellos debe contar la nación en gran parte para su porvenir y prosperidad. Por otro lado, es bien evidente que los obreros no hallarán jamás una protección eficaz en leyes que variasen en las diversas ciudades. Desde el momento, en efecto, que mercancías de diversas procedencias afluyen frecuentemente á la misma

región para ser vendidas allí, sucedería seguramente que el modo y el término impuestos en cualquier región al trabajo de los obreros, proveería á los resultados de la industria en favor de tal nación y con detrimento de otra.

Estas dificultades y otras del mismo género no pueden ser superadas por el solo poder de la legislación humana.

No lo podrían ser más que si la regla de conducta dada por el Cristianismo fuese comprendida y honrada, y si los hombres conformasen sus actos á las enseñanzas de la Iglesia. En estas condiciones el bien general hallará un poderoso auxiliar en la sabiduría conciliadora de las leyes y en el concurso de todas las fuerzas de que dispone cada nación.

A vosotros, queridos hijos, que consagrais con un celo ardiente todos los recursos de vuestra alma y de vuestra actividad inteligente á conseguir tan noble fin, Nós hemos querido daros un testimonio público de nuestra benevolencia.

Nós tenemos la confianza cierta de que avanzareis valerosamente en la vía en que habeis entrado, y de que trabajareis para difundir cada día más en hacer comprender aún más todavía las doctrinas expuestas en las Letras emanadas de la Sede apostólica para consuelo de los infortunados y afianzamiento del orden social.

Como prueba del favor celestial que Nós invocamos sobre vuestros esfuerzos, Nós os concedemos afectuosamente á vosotros la bendición apostólica.

Dado en Roma, en San Pedro, á 9 de Agosto de 1892, año dieciseis de nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.

LITERATURA CALASANCIA

Con ocasión de haberse celebrado, el día 27 de Agosto último, la fiesta del glorioso Fundador de la Escuela Pía y Compatrono de nuestra Academia, el ilustre aragonés S. José de Calasanz, los Diarios católicos de España, sin distinción de color político, han publicado extensos y bien tratados artículos, en elogio del Santo y del piadoso Instituto por él en la Iglesia establecido. Año por año es mayor el empeño y el fervor con que la prensa católica ensalza las glorias de S. José de Calasanz y de su benéfico Instituto. Con solos los artículos publicados á últimos del mes pasado por la prensa católica de Madrid y de Provincias, se podría formar un volumen de regular tamaño, donde figurarían firmas, por demás esclarecidas, entre ellas la de un Eminentísimo Purpurado y la de uno de los más conspicuos Académicos de la Lengua. Y es tanto más de admirar esa unanimidad de los periodistas católicos, cuanto que años atrás, muy

pocos años atrás, parecían concertados en el intento de ahogar las glorias calasancias, haciendo á su alrededor el vacío, ó como ahora se dice, apelando á la conspiración del silencio. Y hasta solía acontecer que publicistas de cierta escuela se permitieran contra la Escuela Pía algunas insinuaciones poco caritativas, que redundaban en menoscabo de su prestigio, y la hacían sospechosa á los fieles que alardeaban de tener un criterio muy cerrado en materias de ortodoxia. Hoy todos los publicistas católicos elogian la fundación calasancia. ¿Cómo explicar ese cambio de criterio?

O mucho nos engañamos, ó los motivos que tenían ciertos católicos para mirar con desvío y desconfianza á la Escuela Pía, esos mismos motivos les mueven hoy á aplaudirla y venerarla. Se la acusaba de hacer causa común con los gobiernos liberales y secularizadores, por el solo hecho de haber reconocido, terminada ya la primera guerra civil, y normalizada la situación política, el deber de acatar los Poderes constituidos y de trabajar por la consolidación de la paz en bien de la Religión y de la patria. Ese criterio seguido por la Escuela Pía desde los tiempos de su Fundador, parecía poco ortodoxo á la generalidad de los católicos españoles, quienes en parte se mostraban escandalizados de que el Pío Instituto pudiera vivir en paz con la Monarquía constitucional de Isabel II, que desde 1845 reconoció la existencia legal de la Escuela Pía, á la cual se autorizó para la admisión de novicios. Y como ese criterio de S. Jose de Calasanz ha sido repetidas veces y de un modo claro y terminante, recomendado á los fieles por la Santidad de Leon XIII, han venido los católicos á caer en la cuenta de que, lejos de ser reprobable la conducta seguida por la Escuela Pía, en sus relaciones con los Poderes constituídos, era la más acomodada á la mente de la Iglesia y merecia elogio y aplauso por aquello mismo que se reprobaba en ella y por lo cual habia sido tan injustamente condenada.

Otra circunstancia ha venido á favorecer á la Escuela Pía en la opinión de los católicos. Sabido es que, de algunos años á esta parte han quedado reinstaladas en España todas ó casi todas las Ordenes Religiosas, que aquí existian al cometerse el año 35 de este siglo aquella sacrílega profanación, que manchó con borrón indeleble nuestra historia patria. Y al lado de las Congregaciones Religiosas restauradas, se han instalado otras de reciente fundación, así de hombres como de mujeres. Ahora bien; todos esos Institutos, así los antiguos como los modernos, excepción hecha de los de vida contemplativa, han tenido que apropiarse el objeto privativo y característico de la Escuela Pía, como condición de existencia: todos se dedican á la instrucción y educación cristiana de la niñez, para cuyo fin único fué establecido el Instituto Calasancio. Y viendo los católicos que las

Ordenes Religiosas se consagran con preferencia al especial apostolado que hoy como siempre ha ejercido la Escuela Pía, no han podido menos de adquirir una idea ventajosísima de esta Institución, que por derecho propio ejerce, hace ya tres siglos, en la Iglesia de Dios el apostolado de los niños, al cual los Escolapios se consagran con votos solemnes y en el cual los demás Religiosos ven una función accidental de su sagrado ministerio.

Y ya que la oportunidad se brinda, debemos consignar aquí otro de los motivos que más han contribuído al realce de la Escuela Pía en nuestros tiempos. Y es la fidelidad con que, á pesar de las vicisitudes tristísimas en que se ha visto envuelta, ha conservado el carácter externo y el espíritu interno que tuvo en los días de su Santo Fundador. Los Colegios de PP. Escolapios son hoy lo que eran en tiempo de S. José de Calasanz: centros de educación cristiana de la niñez. Las ocupaciones del Escolapio contemporáneo son las mismas que tenían los coetáneos del Fundador de la Escuela Pía: las mismas horas de coro, las mismas horas de enseñanza, y hasta las mismas horas de descanso y de comida. Todo es accesorio, todo secundario, en las tareas del Escolapio, menos la enseñanza de la niñez que constituye el ideal supremo de su existencia y á la cual se compromete con voto irrevocable: podrá ó no confesar, podrá ó no predicar, podrá ó no escribir, podrá ó no conferenciar; pero no puede menos de aplicar sus principales energías á la instrucción y evangelización de la niñez. Y jamás la Escuela Pía se ha separado ni un ápice de este su objetivo: jamás ha olvidado que su misión esencial es educar cristianamente á la juventud: el programa de su acción católica es hoy el que prohijó y aplicó su Santo Fundador, el mismo que le piden prestado otras Corporaciones Religiosas que para otros fines fueron instituídas. Y como la alteza de la misión de la Escuela Pía es hoy universalmente reconocida y de esa misión procuran participar todos los Institutos Religiosos, no es de extrañar que crezca de día en día el prestigio de S. José de Calasanz, quien supo anticiparse en cerca de tres siglos á nuestros tiempos, buscando la restauración cristiana de la sociedad por medio de la esmerada educación de la juventud.

Pero aun cuando los artículos periodísticos que en estos días en honor de S. José de Calasanz y de su Escuela Pía se han publicado, manifiestan un concepto altísimo de la misión que el Santo Fundador vino á desempeñar en beneficio de la sociedad cristiana, aparece ese concepto algún tanto rebajado en la «Revista Popular» del 24 de Agosto, cuyo primer artículo de fondo, titulado *Dos Polos* y firmado con las iniciales del Director, establece un paralelo, y acaso dijéramos mejor una antítesis, entre el magisterio sublime, ejercido en la Iglesia por S. Agustín, y el humildísimo ejercido por el Fundador de la Escuela Pía. Claro

está que fué muy diverso el magisterio ejercido por S. José de Calasanz del que ejerció el grande Obispo de Hipona, y que, como dice el articulista: «Calasanz y Agustín señalan como los dos polos del magisterio católico.» También es cierto que San Calasanz puede ser llamado *el humilde maestro de los niños*, y S. Agustín *el inmortal oráculo de los sabios*. Pero no es cierto, como repetidas veces indica y consigna el articulista, que S. José de Calasanz se dirigiera *sólo* á los niños pequeños y que instituyera la Escuela Pía *sólo* para la enseñanza de las primeras letras. Si el circunscribir la misión de Calasanz al magisterio de los primeros elementos literarios, era conducente para el éxito del contraste que se establece entre el magisterio calasancio y el magisterio agustiniano, pero no debía deprimirse aquél más de lo que la verdad consiente, para que el artículo resultara mejor presentable.

Dice el articulista F. S. y S.: En Calasanz, «el ministerio doctrinal se humilla en algún modo y se abate hasta confundirse casi con la sencilla infantil catequística de las madres.» «Personifica la escuela popular, que está casi al nivel y rasero del hogar doméstico de la más pobrecilla choza.» «Balbucir con los chicuelos de la calle las letras del abecedario y las frases de la oración dominical, y guiar su insegura mano delineando los primeros trazos de la escritura sobre el pautado del cartapacio, esta es la misión característica del héroe aragonés.» Recuerde el articulista lo que aprendió en las aulas de la Escuela Pía; recuerde las noticias que sus Profesores Escolapios le dieron acerca de la instrucción que daban S. Calasanz y sus primeros hijos, en Roma, en Nápoles y en diversas ciudades de Europa; y caerá en la cuenta de que la Escuela Pía *jamás* ha limitado su misión á la instrucción primaria, y que *siempre* ha ejercido el magisterio superior, atendiendo á la educación de los pequeñuelos y de los adolescentes y de los jóvenes adultos. La misma extensión que da hoy á la enseñanza, dió en vida de su Fundador y éste fué el primer Superior del Colegio Nazareno, donde se enseñaban ciencias superiores á los jóvenes de la nobleza. También fué San Calasanz quien designó á uno de sus escolapios para ocupar la cátedra que dejó vacante la muerte de Galileo. Y no se citará una época de la Escuela Pía, en que ésta no se haya dedicado á á las enseñanzas universitarias, como lo consignó en acta solemne el Capítulo General de 1718, añadiendo que esa práctica estaba basada en las mismas Constituciones dadas por el Santo Fundador á la Escuela Pía, como puede leerse en el cap. X, parte II, n. 2 y 3. Pero como antes del Sr. F. S. y S. otros hayan disputado á la Escuela Pía el derecho á la enseñanza de las ciencias superiores, se dignó el Papa Clemente XII, en su Constitución *Nobis Quibus*, fecha 1.º de Mayo de 1731, y en la que empieza *Pastoralis Officii*, calendada el 1.º de Julio de 1733, declarar que

los PP. de las Escuelas Pías, además de la enseñanza primaria, podían dar la enseñanza de las ciencias superiores, no sólo á los niños y jóvenes pobres, sino á los de las clases ricas y de la nobleza, y que jamás les había sido prohibido ese superior magisterio. Algo más dice el Pontífice Clemente XII, contra los que intentaban limitar la misión del magisterio calasancio, pero que no reproducimos para no herir susceptibilidades y no resucitar cuestiones que imprudentemente pueden poner sobre el tapete artículos como el *Dos Polos* de la «Revista Popular.» Ningún hijo que se estime sufre con paciencia que se toque al honor de su querida Madre.

J. ABRIL.

El «Home rule» de Irlanda.

En las cuestiones sociales y políticas de la Gran Bretaña, figura siempre en primer puesto la Irlanda, esa gran víctima, terrible personificación de todas las víctimas de la persecución religiosa.—BALMES.

La Cámara de los Comunes de Wertminster, después de laboriosa y empeñada lucha, ha terminado la segunda lectura, ó sea lo que nosotros llamamos discusión del articulado, del trascendental proyecto de ley que patrocina M. Gladstone; que preocupa á todos los estadistas del Reino Unido; que agita la opinión pública; cuestión siempre candente y ahora más que nunca de actualidad, aspiración constante de Irlanda y de absoluta necesidad para el bienestar de aquella infortunada isla, no menos que de grandísimo interés para Inglaterra (1); acto de reparación y de justicia que el derecho impone y la conciencia reclama; del *bill* del *Home rule* (2) de Irlanda, fórmula de su autonomía.

(1) Hace siglos que Inglaterra tiene bajo un yugo pesado á esa Irlanda, tres veces enteramente conquistada: la primera para enriquecer á algunos poderosos ingleses y á sus adherentes irlandeses; la segunda para dotar á una jerarquía hostil, y la tercera fué Irlanda abandonada á colonos ingleses y escoceses que la han ocupado como tierra conquistada para oprimir á los habitantes. A escepción de las fábricas de lienzo dirigidas por estos colonos, las manufacturas irlandesas fueron destruídas para hacer plaza á las inglesas.

La mayoría de los irlandeses que profesaba el culto católico, fué en menosprecio de la capitulación de Limerick, despojada de sus derechos políticos y casi de todos sus derechos civiles,y condenada á labrar la tierra, pagando las rentas á sus señores. Una nación que así trata á sus súbditos, ¿cómo puede esperar que éstos la amen?—*Stuart Mill.*

(2) Gobierno doméstico ó autonomía: de *home*, que significa hogar ó casa, y *rule*, regla ó gobierno.

El «Home rule» es el eje tradicional de la política irlandesa; el deseo vehemente que todo buen irlandés concibe desde pequeño y no abandona jamás; por él el irlandés á quien la miseria de su patria (1) ha obligado á expatriarse, envia desde lejanos países cuantiosas sumas, y cede á la propaganda de su ideal gran parte de sus ganancias; con su triunfo sueña y por él reza y por él trabaja el mísero colono que explota fastuoso *gentleman* á quien ni siquiera conoce (2); el «Home rule» es el arquetipo de la felicidad de Irlanda que ha vislumbrado el irlandés; el «Home rule» es el eco que repercuten sus llanuras, sus valles y sus montañas; el canto que murmuran sus poéticos lagos; el arrullo con que la madre aduerme al hijo; el «Home rule» representa y es la libertad de sus altares y sacerdotes, de sus tierras, de su familia, perseguidos y tiranizados por el poderoso landlord protestante y sus satélites: las leyes de represión y los *policemen*. (3)

Gladstone, protestante, pero hombre de buena fe, uno de los rarísimos hombres de Estado, que apellidándose liberal ama de veras á la libertad bien entendida; político sincero en sus convicciones, tenaz para llevarlas á la práctica, de talento poderoso, al par que flexible en las cuestiones secundarias, dotado de gran autoridad é indiscutible prestigio, parece ser el hombre que la Providencia ha deparado á ese pueblo infeliz como áncora de salvación y remedio de sus males.

Gladstone no tardó en comprender la gran justicia que ence-

---

(1) La miseria, las enfermedades y el hambre, son causa de grandes emigraciones y de esa gran disminución que se observa en la población de Irlanda. Habiéndose perdido en 1847 la cosecha de la patata, hubo 9 millones de personas que sufrieron el azote del hambre, pereciendo más de 6 mil; además, la epidemia mató más de 40 mil y emigraron familias enteras, bajando así la población á menos de 5 millones. En 1877 se reprodujo la enfermedad, pero fué menos desastrosa.

(2) Northon, en su obra sobre Irlanda, atribuye los males del país á la ausencia de los propietarios. Según este autor, aquella isla produce por valor de 400 millones de pesetas; asciende á 100 millones la renta de los propietarios ausentes; á 37 y medio la del clero protestante, de cuyos miembros más de la mitad no residen en el país; á 122 y medio suben los impuestos y los diezmos; á 32 los gastos del ejército *protector* (sic) del país; quedan, pues, para seis millones de habitantes *treinticinco céntimos diarios* por cabeza. Las desigualdades inevitables de este reparto no dejan al mayor número sino la miseria. Sólo así se comprende que el irlandés que puede comer tres veces al día un buen plato de patatas, se tenga por relativamente dichoso.

(3) Conocidas son las medidas severísimas y sobre toda ponderación injustas que se emplean en Irlanda contra los arrendadores que no satisfacen con entera exactitud y puntualidad su cánon de arrendamiento. Conocida es también la tiranía con que los grandes propietarios oprimen á sus colonos, hasta en sus míseras chozas, por causa de la religión y de las elecciones. Nos permitiremos recordar una ley promulgada á principios de este siglo, según la cual si en una familia católica se hacía protestante uno cualquiera de sus hijos, éste pasaba á ser el amo de todas las propiedades de los que permanecían católicos, reducidos así al mero usufructo. Si para muestra basta un botón, quedaos con éste.

rraban las reclamaciones de Irlanda; jefe de los liberales ingleses, asoció su partido á sus convicciones; jefe del gobierno en 1885, enarboló valientemente la bandera del «Home rule» y con ella por programa fué á las elecciones. Los comicios le derrotaron; Gladstone cayó del poder, pero cayó gloriosamente; cayó abrazado á aquella bandera, sacrificando el poder á la convicción política, y en la oposición trabajó constantemente por la causa de Irlanda que era ya el objetivo primordial de sus esfuerzos.

Sosteniendo el «Home rule» volvió Gladstone á los comicios en 1892 y con el «Home rule» venció: su ideal resucitaba, su activa propaganda había ganado muchas voluntades en Inglaterra y Escocia, y la hora del triunfo se acercaba á pasos de gigante.

Constituyóse el Parlamento electo; Gladstone tenía mayoría, y la Reina Victoria le dió el encargo de formar gabinete, después de aceptar la dimisión presentada por el gabinete Salisbury.

Otra vez volvió Gladstone á encontrarse en las alturas del poder, en las delicias del mando que tantos ambicionan, y que para el ilustre octogenario sólo debían ser acicate, ocasión y coyuntura para realizar sus propósitos y cumplir las solemnes promesas hechas en la oposición.

Dedicóse con asiduidad al proyecto, estudió el bill en sus menores detalles, dióle la última mano, preparóse para las reñidas batallas que habían de hacerlo triunfar ó relegarlo á la historia; como buen estratégico, tomó buenas posiciones; como táctico avezado á las lides parlamentarias, aseguróse principalmente de la disciplina y buen ánimo de sus soldados, y el 13 de Febrero de este año, diólo á conocer en el Parlamento, entre los indescriptibles vítores del auditorio.

Puesto á discusión, pronto comenzó encarnizada lucha entre autonomistas y unitarios, (1) que dura aún y durará mucho tiempo, pues aún después de planteado el «Home rule», no dejarán los unitarios de intentar una reacción favorable á sus deseos.

A los discursos más ó menos elocuentes y razonados de Balfour y demás oradores de la oposición, sucedieron las arengas violentas del club, los denuestos, las imprecaciones y las injurias, provocando escenas impropias de la majestad de un parlamento (particularmente del inglés, que goza fama de formalote),

(1) Aunque apellidamos, siguiendo al uso, unitarios á los enemigos del «Home rule», no se crea que éste tenga nada de separatista. Conserva en toda su integridad la unidad del Imperio Británico. «Gladstone quiere que la reconciliación entre los dos países, se funde en el mutuo beneficio de una cordial lealtad.» Cantú.—Hay no obstante en Irlanda muchos exaltados que sueñan con una república independiente; por ejemplo, los fenianos, que forman sociedades secretas y predican la resistencia armada. Con éstos nunca han contado ni contarán jamás, ni Gladstone ni la inmensa mayoría de los partidarios del actual «Home rule.»

como el escándalo últimamente provocado por uno de los caudillos torys, Chamberlain, en la discusión de la enmienda Clanzy.

Por desgracia para Irlanda, una de sus provincias, el condado de Ulster, no es irlandesa de corazón, es decir, es protestante, unitaria, esplotadora y rica: cualidades antitéticas á las que caracterizan el resto de Irlanda.

Como además la población del Ulster es en su mayoría de origen inglés ó escocés, de ahí que haya encontrado, poderoso eco en esta provincia la oposición unitaria. Y así cuando desesperando del obstruccionismo parlamentario, los torys llevaron la cuestión á la plaza pública, organizando esas reuniones tumultuosas en que el público bebia gratis y se cantaba el *Rule Britannia* en medio de borracheras descomunales y se hacía auto sacramental con la efigie de Gladstone y se incitaba al desorden y á la rebelión y se amenazaba con la guerra civil, el Ulster y en primer lugar Belfast, su capital, fué el alma del movimiento, el teatro de la mayoría de esas reuniones y el centro de la conspiración.

Por fortuna, conservadores y orangistas no han encontrado eco en la mayor parte del Reino Unido. Sus alharacas, profecías, aspavientos, amenazas, se han perdido en el vacío, han acabado en punta. Ni el país se ha movido, ni menos revolucionado, ni la mayoría parlamentaria se ha dividido ni indisciplinado. Compacta á las órdenes de Gladstone, votó el bill en primera lectura y ha votado y aprobado su articulado en segunda lectura, siempre con la misma fe, convicción y entusiasmo. En cuanto al país, ha demostrado hallarse al lado del Gobierno y no de los revolucionarios.

¿Qué falta ahora?

La tercera lectura en la Cámara baja, cuyo resultado no es dudoso, y la discusión y aprobación por la Cámara alta, último baluarte y esperanza de los torys.

¿Rechazarán los Lores el proyecto? Si Gladstone espera no llevarlo á la Cámara alta hasta que esté votado en tercera lectura, es decir, definitivamente aprobado por los Comunes, mucho dudamos que los Lores, á pesar de su hostilidad manifiesta al proyecto, se atrevan á rechazarlo, pues este hecho equivaldría á un rompimiento entre las dos Cámaras, representante la una de la aristocracia y la otra del país; rompimiento en todo caso funesto para la Cámara de los Loresy quizás su sentencia de muerte, dadas las corrientes de cada día más acentuadas contra dicha Cámara.

Si la Cámara de los Lores, á pesar de los pesares, rechazare temerariamente el bill aprobado por los Comunes, Gladstone consultaría al país procediendo á nuevas elecciones, especie de referendum cuyo resultado, ó mucho nos equivocamos, ó sería sumamente favorable al Gobierno. Mayormente si éste antes de

disolver la Cámara actual lograra llevar adelante sus proyectos de reforma en la ley del sufragio, implantando el sistema de *one man one vote*, como también las disposiciones que reclaman las sociedades de temperancia, poderosísimas en la actualidad, contra las tabernas y establecimientos análogos; disposiciones encaminadas á impedir el abuso alcohólico, tan frecuente en Inglaterra.

De todas maneras, temprano ó tarde, la Cámara de los Lores aprobará el «Home rule,» y por consiguiente, si Dios quiere conceder á esa gran figura europea, á quien sus compatricios apellidan con justicia el *Gran Anciano*, vida y salud y fuerzas suficientes para ello, esperemos en el triunfo de esa causa del oprimido contra el opresor, del derecho contra la tiranía, que no es de Irlanda sólo, nó, sino de todas las patrias desgraciadas que, como Polonia, como la Alsacia-Lorena, como tantas otras, gimen bajo el yugo de otro pueblo que les niega su nacionalidad y sus derechos, asistido sólo por la razón de la fuerza, porque el azar de las armas así lo ha querido.

J. B. y C.

La Garriga 24 de Agosto de 1893.

BOSTEZOS DE VERANO

LA FELICIDAD

Cuando tanto se oye hablar de ciencia; cuando tanto se entiende de estudio y observación; cuando en todas partes vemos prodigados los epitetos de ilustres, sabios, eminentes, etc., de modo que, no hay partido político, ó academia, ó centro y hasta sociedad de baile, que no posean, según su importancia ó extensión, por lo menos media docena de eminencias, lumbreras é ilustraciones, parece que debiéramos vivir en el mejor de los mundos. Pero. . lo que es el hombre; hay insensatos que se atreven á sostener lo contrario. Digan lo que quieran los que tal afirman, á mí no me convencen. ¿Quién negará que estamos en plena civilización? ¿No se nos dice por todo lo alto que somos libres, libérrimos; que para nada necesitamos de tutela, pues que el mundo progresa sin cesar y que en esto estriba precisamente el progreso de los tiempos? No es acaso una verdad incontestable, que el hombre nace hoy con un desarrollo intelectual que para alcanzarlo en aquellos benditos tiempos de oscurantismo, se necesitaba por lo menos cursar 10 años en las aulas de Salamanca? No es en estremo consolador el ver hoy á todo hijo de vecino, por más que no haya ido nunca á la escuela, ni sepa cuántas letras hay en el abecedario, verle discurrir sobre materias filosóficas, literarias ó políticas, y enmendar la plana al mismísimo Presidente del Consejo de mi-

nistros? Pues si somos civilizados, y somos libres, y gracias al progreso, nacimos hechos unos sabios por todos cuatro lados, ¿quién me podrá convencer de que esto no es la mayor de las felicidades? Porque, como decía un mi amigo, «la felicidad del hombre, según la Escritura, está en la sabiduría, y es sabio el hombre que sabe muchas cosas; ¿no ves tú por todas partes hombres que hablan mucho? Pues, chico, el que habla mucho dice muchas cosas, el que dice muchas cosas es que las sabe, y quien sabe muchas cosas es sabio.»

Yo no puedo creer, con el poeta, que todo tiempo pasado fué mejor. Que ahora hay barbaridades, no lo niego; que falta moral, lo confieso; que hay hipocresía, lo concedo; que hay mucha mala fe, conforme; que los gobiernos son malos, sí, señores; que nadie está contento, no digo lo contrario; que la sociedad se desquicia, soy de la misma opinión; pero ¿qué me dicen Vds. de aquella sosa vida de nuestros antepasados, que creían en Dios, é iban á misa, y rezaban el rosario, y el tejedor tejía, y el tendero pasaba la vida trás del mostrador, y el negociante en su despacho, y el letrado en su estudio, y los padres cifraban toda su ilusión en sus hijos, y los hijos en sus padres, y los esposos en sus esposas, y no tenían más ambición que cumplir estrictamente su deber, ni otro anhelo que vivir y morir en medio de su familia? ¡Qué tedio! ¡qué fastidio! Sumidos en la más completa ignorancia, no sabían ¡insensatos! que había reyes que los tiranizaban, gobiernos que los oprimían, hombres despóticos que les usurpaban su libertad, que eran esclavos de los caprichos de un aventurero descocado, que su dinero servía para pagar los dispendios de una corte crapulosa, que sus sacrificios servían para engordar á una nube de tiranos diseminada por toda la nación, y encargados de ahogar en su seno, si por acaso en algún punto asomasen la cabeza, la ciencia y la libertad, especialmente la ciencia, que es la madre de la libertad.

No son dignos de lástima tales hombres? Se puede comprender mayor desgracia? Puede haber mayor desconsuelo que éste, para un sér dotado de razón? ¿Y un hombre desgraciado y desconsolado puede ser feliz? Y una sociedad compuesta de tales hombres, puede ser dichosa? Evidente que no. Nosotros sabemos todo esto y mucho más. Lo cual no importa para que así y todo seamos felices. Primero porque somos libres. ¿Quién no ve esto al primer momento? Segundo, porque poseemos, por gracia y obra de tantas eminencias y lumbreras, el mejor de los bienes (modestia aparte), porque todos somos sabios y la sabiduría es la base de la felicidad...

F. M. B.

PEDRO CORNEILLE

IMITADOR DE LOS ESPAÑOLES (1)

La Verdad sospechosa y *Le Menteur.*

El eminente poeta trágico, conocido en Francia por el gran Corneille, había producido apenas medianejas comedias y una tragedia felizmente imitada de Séneca, *Medea*, cuando atento al consejo de un *monsieur* de Chalons, exsecretario de Estado de la reina-madre, dedicóse al estudio del teatro español, donde esperaba encontrar nuevos veneros de inspiración. De aqui debian arrancar sus éxitos, que ya desde un principio fueron grandes; pero, si tenemos en cuenta que este punto de partida en su carrera, debía ser asimismo el comienzo de una era de regeneración para el teatro francés, que desde luego emprendió mejores rumbos, á consecuencia de *coups d'essai* que resultaron *coups de maître*, ¡cuán digno de reconocimiento aparece el obscuro Châlons por haber con tanto acierto trazado la ruta á Corneille, y á Corneille mismo, por haber sacado tan buen partido de las advertencias de su consejero! Corría el año de 1636 y contaba treinta nuestro autor: importa consignar esta fecha, que coincide con un acontecimiento capital en nuestra historia literaria. Efectivamente, en el mismo año aparecía el *Cid*, cuyos asunto y situaciones culminantes tomados estaban de Guillén de Castro. En 1640, los parisienses pudieron ver representar *Horace*, escrito sobre una pauta evidentemente suministrada por Lope de Vega, y *Polyucte*, una de cuyas escenas cuando menos recuerda, por el movimiento, el corte y algunos rasgos del diálogo, la *La Estrella de Sevilla*, del mismo Lope. Por último, *Le Menteur*, traducido más bien que imitado de Alarcón, vió la luz en 1643.

En épocas distintas, y en estudios especiales, muchos de nuestros eruditos han señalado los saqueos llevados á cabo por Corneille en el drama español y las ventajas que en ello supo reportar; poniendo de relieve su destreza y maestría en la imitación y arreglo de modelos imperfectos á veces. Pero ¿han sido aquéllos siempre justos con el mérito de los originales en que se inspiró nuestro autor trágico? ¿Por ventura han reconocido lealmente, como era su deber, que éste no siempre, ni con mucho, logró igualar á los émulos extranjeros que tan grandes servicios le prestaron? Desgraciadamente no, y fácil seríame probarlo,

(1) El presente artículo es traducción del que, en francés, ha visto la luz en la revista *Pro Patria*. Creemos muy conveniente contribuir á vulgarizar un trabajo en que—¡caso rarísimo!—un escritor de allende los Pirineos, Monsieur Cazaubon, hace justicia á España, reconociendo la supremacía literaria que en otros tiempos alcanzara nuestra patria. J. B. J.

cuando menos por lo que se refiere al *Cid*, que dista mucho de reunir todas las bellezas de la obra original. Me abstendré, sin embargo, de aducir pruebas que darían por único resultado una crítica de anteriores críticas. No es este el objeto del presente ensayo. Mi propósito no consiste en poner de manifiesto en qué han claudicado los precedentes comentaristas, sino en poner en claro otra cuestión, todavía no ventilada y que entra de lleno en el dominio de la comedia, confrontando *Le Menteur* con *La Verdad sospechosa*. Nadie, que yo sepa, ha hecho el estudio comparativo de ambas obras; por esto me resuelvo á intentarlo.

«Mi comedia, ha dicho Corneille, (1) está en parte traducida y en parte imitada del español. El asunto me parece tan espiritual y tan bien tratado, que yo he dicho más de una vez que de buen grado daría mis dos mejores obras, á trueque de ser autor de aquélla. Atribuyóse al famoso Lope de Vega; pero después vino á mis manos un volúmen de D. Juan de Alarcón, en que éste asegura que la obra le pertenece y quéjase de los impresores que la hicieron circular con el nombre de otro. Si esto es exacto, no tengo reparo en atribuírsela. Como quiera que sea, conste que es producción muy ingeniosa y que nada he visto escrito en el mismo idioma, que me haya dejado tan satisfecho.» He aquí, digo yo, un digno tributo de deudor á prestamista, y que sin duda hubiera complacido grandemente á Alarcón, si hubiese podido recibirlo; pero éste murió cuatro años antes de que *Le Menteur* apareciese en escena con el éxito de todos sabido. Corneille, dicho sea de paso, era el hombre más leal y complaciente del mundo, y jamás dejó de reconocer sus deudas. Con gran desenvoltura, lo propio que Molière más tarde, se apoderaba de lo bueno donde quiera que lo encontrara, pero siempre citando á sus auxiliares, á quienes elogiaba según sus meritos, é indicando los pasajes puestos á contribución. Veamos, pues, la suerte que le cupo á su comedia. Obtuvo desde el primer día, un éxito mayúsculo; el público apreció rasgos cómicos muy delicados, un estilo flexible y robusto á un tiempo y una acción ordenada: otras tantas novedades para nuestro teatro, que á la sazón hallábase en su infancia; pues aún por esta sola obra del género cómico, á la que no siguió otra alguna del mismo valor (porque apenas si cabe hablar de la *Suite du Menteur*), Corneille merece desde luego el título de creador de la comedia francesa, como era ya padre de nuestra tragedia. Y sin embargo, juzgando imparcialmente, y sin falso espíritu de honor patrio ¡que distancia no media entre el original y la copia!

La Verdad Sospechosa es uno de los tipos más acabados de la comedia de intriga en que brillaron los autores castellanos del siglo XVII, y que tanto renombre dió al teatro español. La trama

(1) Examen de *Le Menteur*.

es sencilla, clara, lógicamente urdida, fácilmente asequible en su ordenado desenvolvimiento, sin pizca de embrollo—cualidad rara en los dramaturgos de esta nación y particularmente de esta época, que se complacen en complicar las situaciones, en anudar los hilos de la trama, sin perjuicio de deshacer rápidamente el nudo con escasa fortuna, y á menudo con detrimento de la verosimilitud. Ocioso sería decir que el estilo es sóbrio y conciso, pues este mérito es común, sin excepción, á todos los escritores transpirenáicos que han tratado el diálogo, ya en la escena, en el romance ó en cualquier otra composicion: es ésta una cualidad de la lengua, que en cuatro palabras puede expresar cuatro ideas y aún transparentar alguna más; cualidad maravillosa en todos los casos y don inapreciable para el teatro, donde los sentimientos rápidamente exteriorizados adquieren una fuerza, un relieve y una energía superiores á toda ponderación. No es, pues, por esto que debemos admirar á Alarcón, sino por la corrección de su estilo y la pureza de su versificación; doble mérito en virtud del cual (y no por otro alguno) es reputado como superior á todos los escritores dramáticos de su país. El chiste de este autor no es menos admirable: es espontáneo y de buena ley, y surge de la situación sin esfuerzo ni amaneramiento, sin perderse en juegos de palabras, de que abusaron los contemporáneos de Alarcón. El argumento de *La Verdad Sospechosa* es harto conocido para que sea necesario exponerlo detalladamente. Un joven bachiller, de noble familia, que acaba de ser revalidado en la Universidad, llega á Madrid, y, deseoso de brillar en el mundo, nada le parece más á propósito para adquirir reputación en el acto, como atribuirse imaginarias proezas y magnificencias. Preciso es consignar que este personaje no resulta antipático (idea feliz, porque así podemos interesarnos por él, y compadecerle); es valiente, generoso, gentíl, desinteresado; pero un gran defecto contraresta esas cualidades: es embustero por naturaleza. Este vicio le acarreará todas las desdichas. Por de pronto, sus fanfarronadas le deparan un duelo, y después el desprecio de su padre y de sus camaradas; en fin, como un embustero no puede menos de ser atolondrado, una decepción le conducirá á casarse con una jóven á quien no ama. La moralidad de la comedia estriba en este desenlace, que Corneille no admite: ya diremos más adelante si obró bien ó mal. Lo que desde luego merece toda suerte de elogios es la relevante unidad de carácter del mentiroso García, hombre que posee el genio de su defecto, á quien nada desconcierta ni confunde, y que para evitar que se le acuse de falsario, amontona patraña sobre patraña, justificando las unas con las otras, con un arrojo y una frescura capaces de dar envidia á todos los Gascones de la cristiandad. Este don maravilloso de invención repentina se manifiesta por tan prodigiosa manera, que el propio criado y confidente del mentiroso

no acierta á salir de su asombro, y sabe Dios si los *graciosos* de este repertorio son gente dúctil para el engaño, que por su parte manejan con gran maestría. Pero tanto se llega á tirar de la cuerda que al fin se rompe. Repito que hubo un momento en que el falsario se vió cogido en su propia red y tuvo que hacer virtud de la necesidad, saliendo bien librado con casarse, para salir de apuros, con una jóven muy hermosa y de excelente condición, pero que no era la de sus pensamientos; porque él amaba á Jacinta creyendo que era Lucrecia, y con ésta se le obliga á desposarse bajo pena de la vida. No debemos compadecerle gran cosa: ambas jóvenes de la comedia de Alarcón son muy agraciadas, ni muy ingenuas ni muy coquetas, pero apercibidas á la réplica y tan hábiles para aplastar á un fanfarrón, como para contestar galantemente á un madrigal. Cuanto á D. Beltrán, el padre de García, es el gentil hombre á quien repugna toda falsedad, en quien se personifica el honor rígido, que no excluye, sin embargo, la indulgencia y la bondad; verdadero prototipo de nuestro *pére—noble*, á quien pudo servir de modelo, después de haber encarnado en la adaptación francesa que Corneille tuvo el honor de hacer de esta encantadora comedia. Encantadora he dicho y es muy poco decir; puede sin exageración, calificársela de *chef d'œvre*.

(Concluirá).

Del Diario de Palma, *El Católico Balear*, tomamos el siguiente artículo, debido á la bien cortada pluma de un Académico de la Lengua, muy conocido en España y en el extranjero por sus producciones literarias. Tiene, además, el infratrascrito artículo el interés de consignar el establecimiento de las Escuelas Pías en las Islas Baleares.

SAN JOSÉ DE CALASANZ

Y LA EDUCACIÓN DE LA JUVENTUD

El Instituto religioso de las Escuelas Pías de la Madre de Dios, con ser fundación aragonesa, ha sido muy poco conocido en Mallorca. El origen y la historia de su institución, los fines á los cuales está destinado y los grandiosos resultados que ha obtenido donde quiera que ha fijado su residencia, han permanecido casi del todo ignorados para la mayor parte de los moradores de esta Isla. El mismo nombre de las Escuelas Pías, tan popular en otras partes, es para muchos mallorquines de todo punto extraño y peregrino.

No será asi en adelante.

Mañana celebra la Iglesia la fiesta del aragonés San José de Calasanz, y mañana también se inaugura en la capital de las Baleares la fundación de la primera casa que tendrán en ellas sus

ilustres hijos. Día venturoso será éste, no tanto para los Padres de las Escuelas Pías, cuanto para todos los habitantes de Mallorca, en especial para los padres de familia que tienen hijos que educar y que lanzar y encaminar por el mundo.

Es notorio que á pesar del celo de cuantos se dedican á la primera y segunda enseñanza, á pesar de los esfuerzos de las corporaciones y de los particulares y con lo mucho que se gasta en la instrucción y educación de la juventud, esta educación deja mucho que desear entre nosotros. Las quejas de los padres de familia son continuas, las necesidades muéstranse cada vez más aflictivas y apremiantes, el campo de acción es de día en día más extenso y de más difícil laboreo.

En medio de estas necesidades y á vueltas de las quejas, fracasos y desengaños, hay un punto en que todos convienen, así tirios como troyanos, unos de grado otros por fuerza, éstos por antigua arraigada convicción, aquéllos por actual irresistible evidencia, y este punto es que para desempeñar cual conviene la enseñanza y á fin de que ésta logre los frutos que con ella se pretenden, debe ser llevada adelante no sólo bajo los principios de la virtud y de la religión y moral cristiana, sino por personas que por vocación especial se dediquen y consagren á ella Es esta una convicción tan profunda, tan evidente y tan universal, que de cuantas ha sugerido el espectáculo de nuestras miserias morales y el desastroso resultado de los mil planes que de cincuenta años á esta parte se han ensayado en España, no hay ninguna que se imponga á todos con tan perentoria, absoluta y soberana necesidad.

A esta necesidad acuden hoy en Palma de Mallorca los Padres de las Escuelas Pías. Démosles todos la bienvenida y sea contado este día entre los más prósperos y bienhadados que han lucido sobre nuestra Isla.

No se ha cumplido todavía un año desde que los ilustres hijos de S. Agustín, cuyos antepasados han dejado en los moradores de Mallorca tan dulces y santos recuerdos, abrieron las puertas de sus casas para que bajo su tutela los hijos de familia cultivasen sus inteligencias y encaminasen sus pasos por la senda de la virtud. Según se ha hecho público, dentro de pocos días aquel colegio abierto en calidad de provisional será trasladado á sitio mejor y más espacioso, donde el celo y la actividad de los RR. Padres Agustinos lograrán mayor ensanche y más amplias y seguras facilidades. Ha sido esto para Mallorca un beneficio inmenso ,fuente y principio de otros muchos; pero al lado de este beneficio puede existir otro, y al lado de los Padres Agustinos van á trabajar desde hoy los Padres Escolapios, sin embarazarse mutuamente y sin perjudicarse en su acción, que esto lleva en sí el hacer el bien y el trabajar bajo los auspicios de la virtud.

Traen los Padres Escolapios, además de su mérito y expe-

riencia personal, serie gloriosa de tradiciones, una reputación sólidamente cimentada y la fuerza incontrastable que da la acción común de un Instituto que dirige todas sus energías á un fin concienzudamente aceptado. Llevados por probada vocación á la enseñanza, enderezan á ella todos sus estudios, cifran en ella todas sus ambiciones y hacen objeto de ella todos sus sacrificios. Para ella viven y en ella y por ella mueren. ¡Hermosa vocación! heroicos sacrificios y esfuerzos! El mundo las más de las veces no los conoce y aunque los conozca no los sabe apreciar ni recompensar; pero Dios que es testigo de estos sacrificios y que los alienta y esfuerza, es también el único que los sabe galardonar.

No desprecian los medios humanos ni menos son extraños á los adelantos de las ciencias, en especial á los de las que se comprenden bajo el nombre de pedagogía, antes los abrazan todos y de todos se sirven para lograr el santo fin que pretenden; consagrados al cultivo de las letras humanas, han brillado entre ellos insignes humanistas, perfectos conocedores de las lenguas sabias y cultivadores eximios de la clásica antigüedad. Por no citar más que un ejemplo, el Prepósito General actual, R. P. Mauro Ricci, que como superior de toda la Orden vive en Roma, es uno de los humanistas más insignes de Italia, latinista y helenista de primer orden y conocedor profundísimo de la literatura italiana, en especial del altísimo poeta Dante Alighieri. Como tal y como hombre de virtud y prudencia eminente, es una de las personas más ilustres de Roma y de los más aceptos en el Vaticano y muy querido y honrado de Su Santidad el Papa León XIII.

Este hermoso estudio de la clásica literatura vienen á fomentar entre nosotros los Padres Escolapios. Bien necesitan estos estudios de los esfuerzos de estos nuevos obreros, para salir del marasmo é indiferencia en que languidecen.

Pero aunque los RR. PP. Escolapios se dedican con empeño á la enseñanza de las que han solido llamarse letras humanas, que son las que comprenden los estudios de la lengua castellana y los de la latinidad y literatura griega, y aunque añadan además á estos estudios los de matemáticas, física y química, los especiales de comercio y los que comprende el grado de Bachiller, sus preferencias los han llevado con particular solicitud á la enseñanza de los primeros elementos de las ciencias. No es posible considerar á un Escolapio sin niños á su alrededor, ni es posible formarse idea de sus casas ó colegios sin ver hormiguear en sus patios y habitaciones multitud de innumerables chicos de toda suerte y condición, en especial de la más pobre y abandonada. Estos niños forman sus encantos; en ellos se cifran sus santas simpatías; ellos forman la atmósfera en que se desenvuelve su vida.

La base de la enseñanza de estos niños es el ser completa-

mente gratuita. El enseñar sin retribución, tanto en las clases inferiores como en las superiores, así en las primeras letras como en la llamada segunda enseñanza, y de comercio, forma la condición primera de la educación de los Padres Escolapios. Las necesidades de los tiempos y el bien de los mismos niños los han obligado á admitir en sus colegios ya internos, ya los que llaman vigilados; para esto es necesario hacer ciertos gastos, y es claro que tales gastos han de correr á cuenta de las familias de los niños que quieren para sus hijos semejantes beneficios; pero esos gastos no son más que los extrictamente necesarios. Entre los Escolapios tanto se tiene tanto se gasta. De ellos nunca se ha dicho que acumulen grandes riquezas, ni que atesoren para lo porvenir; y no se ha dicho porque la sencillez de su vida, su pobreza y desprendimiento, han desarmado toda crítica y anticipádose á toda calumnia.

Una educación inspirada por ideas tan generosas no ha podido menos de lograr excelentes resultados. Dios que premia un vaso de agua que se dé en su nombre, ha galardonado amplísimamente los esfuerzos de los Reverendos PP. Escolapios en proporcionar á las inteligencias juveniles el mayor bien que pueden desear, que es la luz y el conocimiento de la verdad; y España, América, Italia, Hungría, y todas las naciones donde se han establecido, los proclaman á boca llena insignes bienhechores de la niñez y excelentes educadores y formadores de las almas.

Quiera el cielo que el bien que hoy principia en Palma de Mallorca prenda y arraigue profundamente, y que la semilla que se echa en este hermoso suelo dé en él frutos de salud que sean la gloria y el provecho y la utilidad de todos.

CARTAS

AL JOVEN CONRADO SOBRE LA IDEA DE LA VERDADERA RELIGIÓN

XIX.

Mi querido Conrado: al comentar mi frase: *como el Verbo se hizo hombre, Cristo se hizo Iglesia,* le has dado un alcance que no tiene en mi pensamiento, y que tampoco se desprende de mi escrito. Has caido en el error profesado por los *perfectibilistas,* quienes suponen á la Iglesia sometida á una evolución progresiva, en armonía con la cultura y civilización de los pueblos. Copio tus propias frases para mejor hacerme cargo de ellas.

«La venida del Espíritu Santo sobre el Colegio apostólico, comparada por tí á la anunciada por el Arcángel S. Gabriel á María, es el principio de la vida de Cristo, resucitado y glorioso, en el seno de la Iglesia. De ser así, la Iglesia no es sino la mani-

festación social de la vida de Cristo en la humanidad. No me disgusta ese concepto de la Iglesia. Pero con él se compadece mal otro concepto que vertiste en tu última, al afirmar que la Iglesia existe en su integridad sustancial desde el descenso del Espíritu Santo sobre el Cenáculo. Mejor se me aviene el creer que el día de Pentecostés empezó el desenvolvimiento orgánico de la Iglesia, que debió tener su período de infancia, su período de adolescencia y su período de virilidad, creciendo paulatinamente en la oscuridad de las catacumbas, robusteciéndose, elaborando sus formas características, y ostentándose con Constantino el Grande en toda la lozanía de su juventud inmarchitable. Y en este presupuesto, me imagino yo á Cristo vivificando á la Iglesia y aclarándole los dogmas primitivos é inspirándole otros nuevos hasta completar el depósito revelado, descubriéndole progresivamente el sentido exacto de la moral evangélica, y conduciéndola, á través de las persecuciones, de los errores y de los vicios, al grado de perfección orgánica que logró al ponerse al frente de la cultura de los pueblos.»

En este párrafo de tu carta hay algo de verdadero y algo de falso. No tomes á mala parte el que te observe que tienes ideas confusas acerca de la acción vivificadora de Cristo sobre la Iglesia, y que de ahí proviene esa mezcolanza de verdad y de error que se halla en el párrafo transcrito. Al parecer, olvidas que hablamos de una institución completamente sobrenatural y del todo divina, y por esto le aplicas el criterio biológico que explica las funciones vitales de los organismos naturales y perecederos. En éstos hay que admitir el período de gestación embriológica, que termina en el alumbramiento, para dar lugar al desarrollo progresivo que prepara la época de la virilidad y de la madurez y se resuelve en el de la decrepitud y en la muerte; pero el organismo social vivificado por Jesucristo no debió seguir ese proceso biológico, ya que no era reclamado por sus condiciones constitutivas. Recibido el Espíritu Santo por la primitiva Iglesia reunida en el Cenáculo, quedaron los Apóstoles y discípulos iluminados sobrenatural y repentinamente acerca de los dogmas cristianos, acerca de la moral evangélica, de modo que aquella Iglesia apostólica creía las mismas verdades que cree el Catolicismo contemporáneo, siendo erróneo y hasta herético el decir que hoy la Iglesia admite algún dogma que no admitiera desde su principio. Ella nada ha descubierto, en lo tocante al dogma, desde S. Pedro hasta León XIII; y las mismas creencias y la misma moral profesan los católicos actuales que las que profesaban los fieles de la edad apostólica. Como Cristo la informa y la dirige, comunicóle desde el comienzo las verdades que debía ella enseñar á los hombres hasta el fin de los siglos, sin que una sola de esas verdades escapara á la inteligencia divina de Cristo, y sin que ni una sola dejara de ser revelada á la Iglesia. Todo lo que el hombre

necesita saber para vivir religiosamente y lograr sus eternos destinos, todo fué comunicado por el Espíritu Santo, en el Cenáculo, á la Iglesia naciente; y como en ella vive y actúa Jesucristo, puede conservar intacto ese depósito revelado, al cual no ha añadido verdad alguna, como tampoco ha olvidado ninguna de las que le fueron reveladas, ni la ha sustituido por otra verdad diferente. Aquella acción iluminadora que tan solemnemente empezó en el Cenáculo, el día de Pentecostes, ha continuado perennemente en la Iglesia, mediante el cumplimiento de aquellas palabras postreras del Salvador Divino: «Id y enseñad á todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; enseñándoles á observar todo lo que os he mandado. *Y mirad que yo estoy con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.*»

De aquí resulta, amigo Conrado, el valor insuperable que la tradición tiene, para discernir la verdad cristiana del error herético. Todo lo referente al dogma, á la moral y á los Sacramentos, como que emana del magisterio secreto y perenne que Cristo ejerce en la Iglesia, es objetivamente invariable, y queda convencida de falsedad cualquiera comunión cristiana que niega alguna de las verdades dogmáticas que la Iglesia ha enseñado, ó introduce alguna creencia nueva, ó desecha alguno de los Sacramentos, ó admite algún principio moral en desacuerdo con la moral evangélica. Y por el contrario, el argumento más firme y valedero que los teólogos católicos aducen contra protestantes y cismáticos, consiste en poner de manifiesto que la Iglesia católica nada ha innovado, de lo referente á la moral y al dogma, desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días. Lee, por vía de comprobación, la Bula dogmática de Pío IX, declarando la Concepción Inmaculada de María, puesta en tela de juicio por *algunos teólogos* de otro tiempo; y verás que el Gran Pontífice se apoya, para elevar á la categoría de dogma aquella verdad católica, en el hecho de que la Iglesia había *siempre, desde los tiempos apostólicos*, creído en la Pureza Inmaculada de la Virgen María, y por esto reconoce y manda que todos los fieles tengan por revelada esa doctrina. Si la creencia en la Concepción Inmaculada hubiera nacido con posterioridad á los tiempos apostólicos, jamás hubiera sido elevada á la categoría de Dogma.

Tenemos los católicos por cierto y averiguado que María Santísima, al terminar su peregrinación terrestre y su mortal existencia, fué asunta de la tierra á los cielos en cuerpo y alma; la Iglesia celebra el día 15 de agosto ese triunfo de la Madre de Jesús sobre la carne corruptible, y no sería buen católico quien negara haber sido concedido ese privilegio á la Virgen María. Sin embargo, la Asunción de María no es un dogma de fe. Puede ser un hecho rigorosamente histórico, aceptado y comprobado por los católicos; pero no consta que sea doctrina revelada, y no hay derecho para llamar hereje á nadie que no admita esa verdad ca-

tólica. Suponte tú, querido Conrado, que algunos Apóstoles y varios discípulos de Cristo hubieran asistido á María en sus últimos momentos y hubieran presenciado como los ángeles tomaban su sagrado cadáver y se lo llevaban al cielo; suponte, además, que refieren ese hecho á los demás fieles, que lo aceptan por verdadero, dada la credibilidad de los testigos que lo referían; suponte que andando el tiempo, y conservándose aún viva y fresca la tradición de la Asunción gloriosa de la Virgen, ocurre á algunos conmemorar ese hecho con culto religioso, y que aceptada y acariciada la idea, se divulga en la Iglesia la fiesta de la Asunción de María, y continúa celebrándose hasta nuestros tiempos. Ya ves que no sería de buen católico, ni aún de persona imparcial, negar ese hecho consignado por la tradición cristiana. Quizas hayan pasado las cosas como antes las hemos supuesto, y si así fuera, la Asunción de María sería una verdad católica, rigorosamente histórica, pero no sería un dogma. ¿Qué le falta para ser verdad dogmática? El sello de la Revelación, el que la Iglesia nos asegure, no que es un hecho histórico, sino un hecho revelado, un hecho conocido, no ya por las reglas de la exegética, sino por la autoridad divina que lo ha revelado á la Iglesia. También era una verdad católica, aceptada tradicionalmente por la Iglesia, la Concepción Inmaculada de María, aún antes de la definición dogmática de Pío IX; pero no fué un dogma de fe, hasta que el Papa declaró ex-Cátedra, que esa verdad había sido revelada por Dios á su Iglesia.

Por donde, mi querido Conrado, debes distinguir entre verdades católicas y verdades reveladas, porque no todas las que tienen aquel carácter se hallan revestidas de este último. El que niega una verdad católica, comete un pecado; el que niega una verdad revelada, comete una apostasía, es un hereje. Las verdades reveladas se apoyan en el magisterio de Cristo que instruye á su Iglesia y no permite que se equivoque en lo referente al dogma y la moral. Pues bien: esas verdades reveladas, bien hayan sido declaradas dogmas de fe, bien no lo hayan sido todavía, digo que objetivamente consideradas son inmutables, y que su número no ha aumentado ni disminuído desde los tiempos apostólicos hasta nuestros días. Hubiera podido Jesucristo, ya que se reservó la dirección de la Iglesia, y sobre ella incesantemente actúa, irle revelando paulatinamente las verdades fundamentales del orden sobrenatural; pero quiso, y era congruente que así lo realizara, descubrir desde un principio todo el tesoro de verdades sobrenaturales que habían de ser aceptadas por los redimidos, ya porque todas ellas forman un todo armónico, y mútuamente se apoyan y se aclaran, ya porque era necesario que la Iglesia se presentara siempre como obra perfecta y acusara á todos su origen divino, y nadie pudiera llamarse á engaño acerca de lo que debía creer y practicar para salvarse. Si hubiera el Fundador de la Iglesia adoptado ese procedimiento progresivo, seguramente

que las verdades últimamente reveladas, hubieran sido ardientemente controvertidas por los fieles, y aún de buena fe se hubiera podido cuestionar acerca de la verdadera Iglesia, ó sea, de la depositaría infalible de la Revelación. De aquí, el que el sistema de los perfectibilistas haya sido desde su aparición condenado por la sana Teología católica.

Pero, como es inadmisible ese perfectibilismo evolutivo, lo es también el *antiperfectibilismo*, defendido por algunos teológos poco ortodoxos, quienes caen en el error de que el sentido teólogico de las verdades reveladas ha sido siempre el mismo en la Iglesia de Cristo. Considerada objetivamente la Revelación, debe admitirse una inmutabilidad absoluta, por cuanto ni ha aumentado ni ha disminuído, con el trascurso de los siglos cristianos, el número de verdades reveladas por Cristo á su Iglesia; pero considerada subjetivamente, fuerza es reconocer un progreso en el mejor conocimiento de esas mismas verdades. La Iglesia, regida sobrenaturalmente por Cristo que en ella vive, ha ido precisando el alcance de las verdades reveladas, á medida que las necesidades de los fieles ó los sofismas de los herejes han aconsejado una más categórica y amplia declaración de sentido; y sin introducir novedad alguna en el fondo de la Revelación, ha concretado el sentido en que ciertas verdades debían entenderse, excluyendo las falsas acepciones de las mismas. Bien que desde su principio tuvo por verdad revelada la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía; pero los errores de los herejes la empeñaron en fijar el sentido en que debe reconocerse esa presencia real, inventando al efecto la palabra *transubstanciación*, la cual manifiesta no sólo que Cristo se halla real y vivo bajo las especies sacramentales, como siempre lo creyeron los fieles, sino que la sustancia del pan y la del vino, se convierten, mediante la consagración, en la sustancia de Cristo, no quedando de aquellas sustancias materiales sino los meros accidentes, y poniéndose en lugar de ellas la sustancia del Cuerpo y Sangre de Cristo, de modo que se verifica una verdadera transformación de la una sustancia en la otra. Ni hay pan, ni hay vino en la Eucaristía; sólo hay allí Cristo real y vivo. Ni aún debe decirse que la sustancia del pan y del vino ha sido aniquilada, para sustituir en su lugar el Cuerpo y Sangre de Cristo; pues no se verifica una sustitución de sustancias, sino la conversión y trasformación de la una en la otra, de manera que aquello mismo que antes era pan y vino, es después el Cuerpo y la Sangre del Redentor Divino.

De donde sacarás, querido Conrado, que respecto del más adecuado conocimiento de los fieles, al definir la Iglesia la *transubstanciación*, se ha verificado un verdadero progreso, bien que no se haya introducido una verdad antes desconocida.

También creyó desde un principio la Iglesia cristiana en el dogma de la Santísima Trinidad, sabiendo los Apóstoles y sus

primeros discípulos, ni más ni menos que nosotros hoy lo sabemos, que siendo Dios Uno en substancia es Trino en Personas, sin que esta Trinidad sea incompatible con aquella unidad sustancial. Pero los errores de Arrio relativos á la Divinidad de Cristo, movieron al Concilio Ecuménico de Nicea á precisar el sentido en que debemos decir que Dios es Uno y á la vez Trino, sin confusión de personas ni separación de substancias, y reconociendo que es distinta la Persona del Padre de la del Hijo y de la del Espíritu Santo, aunque es una misma la divinidad, igual la gloria y coeterna la majestad; y que el Padre ni fué hecho, ni creado, ni engendrado, y que el Hijo fué engendrado del Padre, no hecho ni creado, y que el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo, aunque no fué hecho, ni creado, ni engendrado, y que en esa Trinidad nada hay anterior ni posterior, nada mayor ni menor, siendo las tres Personas coeternas y perfectamente iguales. Otras aclaraciones hizo todavía el Niceno, desenvolviendo el concepto de la Trinidad para mejor inteligencia de los fieles. Omito advertirte que si la Iglesia no fuera amaestrada secretamente por el Espíritu Santo, no podría en manera alguna interpretar, aclarar y determinar el sentido de las verdades sobrenaturales, pues ese sentido sólo puede darlo el Autor de la Revelación, como puedes comprender fácilmente.

Sirva de tercero y último ejemplo la Infalibilidad del Papa hablando ex-Cátedra. Esa infalibilidad fué declarada verdad dogmática por el Concilio Vaticano. También semejante declaración supone un progreso en el sentido teológico de esa verdad revelada. Siempre la Iglesia había vindicado su infalibilidad en marias de fe y de costumbres, sin que católico alguno pudiera dudar de ella, á no hacer traición á su ortodoxia. Pero se ha cuestionado larga y reñidamente, aún entre los mismos católicos, acerca del sujeto que poseía concretamente esa Infalibilidad, para hacerla efectiva en la práctica. Siempre se admitió por todos los católicos la infalibilidad de los Concilios Ecuménicos presididos por el Papa y resolviendo sobre fe y costumbres. Y como el Jefe del Concilio y de la Iglesia ha sido, desde los tiempos de los Apóstoles, el sucesor de S. Pedro, todos los teólogos han reconocido unánimemente la infalibilidad del Papa, procediendo como órgano y cabeza del Concilio y de la Iglesia y en representación de estas entidades. Pero como no pocos teólogos mayormente los de la Iglesia galicana, negaran al Sucesor de S. Pedro y Vicario de Cristo la infalibilidad siempre que no funcionara como eco del Concilio Universal ó como intérprete del pensamiento de la Iglesia, y esta noción de la Infalibilidad hacía casi del todo ilusoria esa prerogativa de la Iglesia, el Concilio Ecuménico Vaticano declaró, como dogma de fe, que el Papa, al definir ex-Cátedra una verdad revelada, es infalible, aun cuando no haya consultado á Concilio alguno, y proceda por autoridad propia del Vicariato de Cristo. Así es como los dogmas se van

aclarando, así se va fijando su alcance, así se va perfeccionando el sentido teológico de la doctrina revelada, dándose en ella un verdadero progreso sujetivo, incompatible con el sistema de los *antiperfectibilistas*.

Ese progreso y desenvolvimiento sujetivo de la doctrina revelada excluye hasta la posibilidad de toda contradicción en la misma. Podrán los Protestantes y los tradicionalistas señalar algunos dogmas de fe católica, no admitidos como tales por las pasadas generaciones creyentes; pero deben reconocer que esos dogmas no suponen la adquisición de una verdad nueva, sino la aclaración, la determinación, el desenvolvimiento de una verdad ya conocida de antemano. Es pues improcedente limitar la doctrina católica á las enseñanzas contenidas en los documentos de los primeros siglos de la Iglesia, pretendiendo que los católicos actuales han de adoptar un criterio doctrinal que no se separe un ápice del criterio que siempre en la Iglesia ha prevalecido; porque no pocas de las verdades reveladas han ido logrando un desenvolvimiento histórico que agranda su alcance y pone de manifiesto sus múltiples relaciones, originándose de ahí la adquisición de muchas otras verdades secundarias, implícitamente contenidas en las que constituyen el fondo fundamental de la Revelación, y que sólo en tiempo oportuno han sido descubiertas. De aquí la injusticia con que la Iglesia es acusada de *estacionaria*, á causa de la inmutabilidad de sus dogmas; pues si bien es cierto que hoy profesa los mismos dogmas que profesaron los fieles primitivos, sin que en ellos haya ocurrido mutilación ni variación alguna, también lo es que esos dogmas son hoy mejor conocidos, y que han adquirido desenvolvimientos doctrinales que permiten relacionarlos entre sí, estudiar sus conexiones y ampliar sus consecuencias. Esta es la labor propia de la ciencia teológica, la cual arranca de las verdades dogmáticas, demostrando su credibilidad, ampliando su significado, aclarando sus oscuridades, buscando sus aplicaciones y exponiendo sus excelencias.

Consecuencia general de lo que llevo expuesto es, querido Conrado, la inmutabilidad esencial de la Religión revelada, en medio de la evolución progresiva de su aplicación histórica. La Religión verdadera, ó revelada, es única y ha sido siempre la misma; la que hoy tenemos por verdadera, verdadera fué en el siglo anterior y en todos los siglos antecedentes, pasando por Cristo, llegando á Moisés y terminando en Adan. El verdadero cristianismo existe desde el principio del mundo, pues tuvo su origen en el Paraíso terrenal, continuó con los Patriarcas y los Profetas, y recibió su perfección, su explicación y su nombre de Cristo, al cual los dos estados religiosos precedentes se dirigían. Los nombres con que la religión única revelada ha sido conocida, sólo indican las diversas épocas ó estados por que ha pasado, no la diversa esencia, ó los diversos dogmas ó el diverso es-

piritu. Al llamarla Patriarcal, se significa el estado de manifestación externa que obtuvo en tiempo de los Patriarcas; al llamarla hebrea ó mosaica, se alude al desenvolvimiento histórico que alcanzó en el pueblo judío; al llamarla cristiano-católica, se hace mención de su perfeccionamiento al advenimiento del Mesías prometido. Por esa manera la misma Religión que en un principio fué patriarcal y en su segundo estado fué nacional, acabó por ser universal en su tercero y último período. Pero en sus tres períodos pudieron los hombres conocer lo relativo á Dios, considerado como primer principio y último fin, lo relativo al origen del hombre y á su destino, lo relativo á la creación del mundo y las demás verdades que establecen la dependencia del hombre respecto de su Creador y el culto con que éste quiere ser honrado. Todas estas verdades son por su naturaleza inmutables; pero Dios las ha revelado progresivamente, ateniéndose á las circunstancias históricas de la humanidad.

El objeto de la Revelación ha sido único y siempre el mismo: pero la Providencia paternal lo ha ido manifestando paulatinamente á los hombres, según convenía á las necesidades de éstos. Cuando el linaje humano estuvo suficientemente preparado para recibir de lleno la Revelación, vino Cristo al mundo y la humanidad fué adoctrinada en todas las verdades religiosas y morales relativas á Dios, al hombre, al mundo y á sus relaciones. Hizo esa revelación Cristo á los hombres durante su predicación evangélica y la completó el Espíritu Santo al descender, el día de Pentecostés, sobre la Iglesia naciente, que quedó entonces depositaria de todo el tesoro de la doctrina revelada. De esto he hablado largamente más arriba y no he de repetirme; pero sí deseo advertirte que esa Revelación solemne hecha en el Cenáculo, no fué un hecho aislado de manera que allí terminara la revelación divina hecha á la Iglesia cristiana; sino que desde entonces acá, Cristo ha vivido en la Iglesia, conservando en ella el verdadero sentido de aquella revelación, aclarándola cuando se han presentado dificultades, desenvolviéndola cuando ha sido conveniente, impidiendo que el error la falsificara y que el sofisma la oscureciera y que las pasiones la desacreditaran. Si después de la Revelación hecha el día de Pentecostés, Dios hubiera abandonado la Iglesia á sus propias fuerzas, ¿quién tendría hoy noticia segura de aquella Revelación? Por esto Cristo no quiso confiarla á la veleidad y malicia de los hombres, y en su intento de asegurar el éxito de la Redención, determinó quedarse en la Iglesia, ya para comunicarle la vida divino-humana que le había merecido, ya para conservarle intacto é incorrupto el depósito de las verdades reveladas. *Yo estaré con vosotros todos los días hasta la consumación de los siglos.*

Sabes cuanto te aprecia y te quiere tu a. y s. s. q. t. m. b.

O. S.

Barcelona 4 de Septiembre de 1893.